

* * *

El organista belga y director de orquesta Edouard Nies-Berger interpretó en Nueva York, en un programa de la Orquesta Filarmónica de esa ciudad, la obra «Cinco piezas para orquesta de cuerdas», de Domingo Santa Cruz.

CONCIERTOS

CONCIERTOS DIRIGIDOS POR PAUL PARAY

El músico francés Paul Paray, actual Director de los «Concerts Colonne» de París, se presentó frente a la Orquesta Sinfónica de Chile en dos conciertos que se llevaron a efecto el 30 de Mayo y 6 de Junio últimos.

En el primero de ellos, Paul Paray ofreció un programa compuesto por obras de Beethoven, Berlioz, Fauré y Ravel. Del primero de estos autores se ejecutó la Tercera Sinfonía, en Mi bemol, «Heroica», que en manos del maestro francés alcanzó una realización a nuestro juicio satisfactoria, en cuanto dice relación con el estilo correspondiente a tal obra, en que el poder renovador del genio beethoveniano se hace presente de improviso y quiebra los moldes clásicos de la sinfonía,—hasta entonces más o menos conservados,—con innovaciones expresivas formales y técnicas de una arrebatadora fuerza y originalidad. Paul Paray, en cambio no quiso destacar este aspecto que nos parece fundamental y prefirió obtener una versión muy tranquila, donde la claridad del juego temático pudo apreciarse correctamente, pero en la que, en ciertos momentos, la forma no pudo mantenerse por falta del impulso que necesariamente debía sustentarla. Cierta preciosista modo de encarar los matices fué también notorio en la versión de Paul Paray, que, por cierto, no fué su mejor credencial ante nuestro público.

En cambio, en los restantes números de su primer programa, Paul Paray se mostró el indiscutido intérprete que es por lo que a música francesa se refiere. Así, la Obertura de «Benvenuto Cellini» de Héctor Berlioz, con su despliegue de brillo instrumental, como la fina Suite del «Pélleas y Melisande» de Gabriel Fauré, tuvieron en sus manos un animador eficaz en todo sentido. En la bella obra de Fauré, a través de cuya trama sutilmente armonizada se adivina el arte que mostraría más tarde Mauricio Ravel, Paray supo obtener un resultado artísticamente inobjetable. Pero, sin duda, lo mejor de este concierto fué la ejecución de la segunda suite de «Dafnis y Cloe» de Ravel. Pocas veces se habrá logrado entregar con mayor propiedad estilística la sutileza, el colorido y el verdadero hechizo que se desprende de las páginas admirables de esta obra maestra de la música contemporánea. El público y la crítica fueron unánimes en aplaudir sin reservas la actuación de Paul Paray en este aspecto de su programa.

* * *

Paul Paray ofreció su segundo concierto el Viernes siguiente, con un programa íntegramente dedicado a la música francesa. La Sinfonía en Re menor de César Franck, el Concierto en Sol de Ravel, La Siesta de un Fauno de Debussy y El Aprendiz de Brujo de Dukas, formaron el programa.

La Sinfonía de Franck fué animada por Paul Paray con muy justa estimación de sus interesantes aspectos formales y expresivos, logrando un elevado nivel interpretativo. En el Concierto en Sol de Ravel, se presentó como solista la pianista francesa Eliane Richepin, que se acreditó ante el público como una de las mejores ejecutantes que nos han visitado. Su actuación en este concierto, que reúne, como es sabido, características rítmicas propias del jazz vertidas en un virtuosista lenguaje pianístico, junto a un trato orquestal refinado y rico en efectos de colorido instrumental, fué, desde todos los puntos de vista, digna del entusiasta aplauso que recibió. La seguridad de su técnica y el claro concepto interpretativo de que hizo gala, señalaron a Mme. Richepin como una intérprete destacada.

Los restantes números del programa, pese a ser conocidos desde hace mucho por nuestro público de conciertos, que los ha escuchado repetirse año tras año en las temporadas sinfónicas, tuvieron esta vez un realce que, en muchos aspectos, presentó contornos novedosos. El ya clásico Preludio a la Siesta del Fauno, tuvo, como era de esperar, una versión refinada y sutil en manos de Paul Paray; sin embargo, lo que sorprendió verdaderamente al público fué la interpretación dada al Scherzo de Paul Dukas, en que Paul Paray introdujo interesantes innovaciones respecto del «tempo» y de los matices, que contribuyeron a enriquecer el carácter casi plástico que adquieren esas páginas. Diremos, de paso, que dichas innovaciones no eran de ninguna manera arbitrarias, sino que obedecían a sugerencias formuladas a Paray por el propio Dukas, quien le indicó expresamente sus normas respecto de la interpretación de esta obra.

Paul Paray logró uno de sus mayores éxitos con la interpretación de este programa de música francesa, y la actuación de la Orquesta Sinfónica de Chile estuvo en todo momento a la altura de lo exigido por el maestro francés.

ACTUACIONES DE TEVAH Y SCHERCHEN

El sexto concierto sinfónico de la temporada estuvo a cargo de Víctor Tevah, quien presentó un programa formado por obras de Händel, Ireland y Beethoven.

En esta ocasión se ejecutó el Concerto Grosso Op. 6 N.º 2, para orquesta de cuerdas de J. F. Händel, en cuya realización se pudo constatar nuevamente la preocupación del maestro Tevah por buscar el perfeccionamiento de ese fundamental sector de nuestra orquesta. Como interpretación, este Concerto Grosso alcanzó un

nivel excelente, tanto en el aspecto técnico como musical, ya que fué una versión hecha dentro del más logrado estilo.

En la segunda parte, se estrenó en Chile el Concierto para Piano y Orquesta del compositor inglés contemporáneo John Ireland. Actuó como solista el distinguido pianista chileno Hugo Fernández. Pese a que este concierto fué escrito en 1930, no representa, en nuestra opinión, un aporte verdaderamente original a la música moderna de Inglaterra. Hay en esta obra una excesiva sujeción a los recursos del post-romanticismo y, en ocasiones, alusiones solamente exteriores a algunos maestros de la música contemporánea, sin dar la sensación de seguridad estilística que podemos advertir en otros autores de la Inglaterra de hoy, como Britten o Walton. La parte de piano, bastante ingrata y difícil, tuvo en las manos de Hugo Fernández la ejecución segura con que este intérprete subraya su seria formación musical.

Terminó este concierto con la ejecución de la Sexta Sinfonía de Beethoven. Con ser una de las más divulgadas sinfonías del maestro de Bonn y figurar casi con exceso en los repertorios de los diferentes directores de orquesta, es innegable que Víctor Tevah supo demostrar en ella aspectos personales y alcanzar un resultado que no deja duda sobre su capacidad interpretativa. No sólo la compenetración de la obra y la seriedad de su interpretación, sino su depurada realización instrumental, dieron pruebas con exceso del progreso alcanzado por el director subrogante de la Orquesta Sinfónica de Chile.

*
*
*

El director alemán Hermann Scherchen, una de las figuras más destacadas en el panorama de la música europea, dirigió tres conciertos de abono, que se llevaron a efecto los Viernes 20 y 27 de Junio y 4 de Julio, respectivamente.

La personalidad de este director ha sido suficientemente detallada en el número anterior de esta revista, por lo cual no consideramos necesario insistir en los diversos aspectos de su labor que, sobre todo en el campo de la divulgación de la música contemporánea, le ha convertido en un verdadero «pioneer» de las nuevas tendencias musicales de este siglo.

Scherchen ofreció en su primer concierto obras de J. S. Bach, Knipper y Schechter, Strawinsky y Mendelssohn, formando un programa en el que se mostraba el diverso trato artístico dado, en épocas históricas diferentes, a los ritmos de danzas. La Suite en Si menor de J. S. Bach fué animada por este maestro con una intención orientada principalmente a destacar el carácter de cada danza, dentro de una sonoridad «de cámara», tan adecuada como bien lograda. En la segunda parte del programa, se estrenaron «Tres Danzas Populares de la Rusia Asiática», orquestadas por los compositores rusos Knipper y Schechter. Este trabajo de ambientación moderna de un material folklórico de indudable riqueza e interés musical, dió oportunidad para apreciar el arte popular de las re-

giones de Tadjikstan y Turkmenia, a las cuales, como a otras regiones ruso-asiáticas, los actuales músicos rusos dirigen su atención y ayudan a desarrollar sus artes nacionales. Estas danzas, de hermosa factura melódica y atrayentes ritmos, aparecen en la orquestación elevadas a la categoría de trozos sinfónicos de gran nivel artístico. Se ejecutó seguidamente la segunda Suite Burlesca de Igor Strawinsky, obra que, como es sabido, está concebida en un incisivo lenguaje musical que traduce magistralmente la intención irónica del autor. Scherchen obtuvo una versión excelente de esta Suite, que el público acogió con aplauso entusiasta. No estorba recordar que, hace poco más de diez años, al ser estrenada esta misma obra por Armando Carvajal y la antigua orquesta de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos, se produjo una reacción totalmente opuesta en el público de entonces, e incluso cierto diario consideró necesario protestar por la inclusión de obras modernas que, poco más o menos, en su opinión ya casi no eran música...

Terminó este concierto con la ejecución de la «Sinfonía Italiana» de Mendelssohn. Scherchen animó esta partitura con un impulso rítmico que vitalizó todavía más la atrayente estructura de esta obra, cuya agilidad y frescura de inspiración no ha logrado ser afectada por los años.

* * *

En el segundo concierto a su cargo, Scherchen presentó obras de Mozart, Vogel, Milhaud y Tchaikowsky.

De Mozart se ejecutó la Serenata en Re mayor K. N.º 239, para dos orquestas, obra de interesante disposición instrumental, que recuerda en mucho la estructura del Concerto Grosso y cuyos tres movimientos, Marcha, Menuetto y Rondó, poseen esa tranquilidad y elevación expresiva distintiva del arte de Mozart. Tal vez el maestro Scherchen exageró algo su tendencia a hacer más lentos que lo acostumbrado los tiempos; decimos esto, porque en el Menuetto de esta Serenata se afectó mucho la forma y el carácter de esta danza, al ejecutarla casi en «adagio». Por lo demás, el director obtuvo una versión clarísima y finamente matizada.

Del compositor ruso de origen, pero musicalmente formado en Alemania, Vladimir Vogel, se estrenó su «Rítmica Ostinata», perteneciente, junto con «Rítmica Scherzosa» y «Rítmica Fúnebre», a los «Tres Estudios para Orquesta», obra escrita en 1934. La intención del autor, al escribir un «estudio» para orquesta, explicaría acaso el lenguaje sinfónico, en exceso denso, empleado en esta obra. Una orquesta extensísima y tratada sin duda con amplio dominio de sus posibilidades, es la usada por el autor; pero hay allí demasiado cerebralismo, pese a la brillantez con que se reviste, y una acritud sonora a todas luces deliberada, como para que esta obra nos parezca algo de mayor interés artístico que un interesante estudio para orquesta.

La composición de Darius Milhaud «Introducción y Marcha

Fúnebre», ejecutada a continuación, nos puso frente a un músico que sabe unir, con mano maestra, la profundidad de la inspiración y el sabio manejo de la técnica. En esta obra Milhaud encuentra momentos de expresividad y patetismo verdaderamente magistrales y, al mismo tiempo, quien se interese por encontrar efectos de armonía, timbre, superposición de ritmos, etc., los tendrá a cada paso en esta partitura realmente moderna, en el mejor sentido de la palabra, pues allí los recursos técnicos, por novedosos que sean, no son el fin, sino el medio de abrir camino a la expresión.

La Sinfonía N.º 6, «Patética», de Tchaikowsky, cerró el programa. Scherchen buscó destacar en esta obra, contrariamente al común de los directores, no el aspecto meramente sentimental o lánguido de algunos de sus temas, sino vitalizar su interés sinfónico, su construcción. Por ello, esta sinfonía se escuchó ennoblecida en cuanto a su popularizado melodismo, y sólidamente estructurada en cuanto a su aspecto formal, que fué mantenido por el maestro con persistente energía rítmica y profunda comprensión.

* * *

En el último de sus tres conciertos, Scherchen ofreció obras de Jean Philippe Rameau, Benjamín Britten y Ludwig van Beethoven. Una Suite de Danzas, extraídas de diversas de sus óperas, fué la obra de Rameau, en la que Scherchen dió nuevamente prueba de su eficiencia para traducir la lineatura de tan refinados contornos que presentan las danzas antiguas. Esa delicadeza de líneas con que Rameau construye sus melodías, que reproducen con plasticidad inequívoca la ornamentación del Rococó, habría estado mejor servida si no se deseaba ejecutar según el original, en otra orquestación que la ofrecida esta vez, cuyo volumen y los a menudo rebuscados efectos de sonoridad, nos parecieron a todas luces inadecuados.

En primera audición se ejecutó la «Sinfonía de Requiem», del joven compositor inglés Benjamín Britten. Este músico figura hoy en día en la vanguardia de la música de su país y también entre lo más destacado de la última promoción de compositores europeos. Su lenguaje musical, de originalidad sorprendente, se muestra dueño de una excepcional riqueza de recursos sin que ellos dejen nunca de estar al servicio de una intención expresiva de calidad auténtica. En esta obra, Britten logra acentos profundamente trágicos a través de la maciza construcción sinfónica dada a los temas tradicionales de la Misa de Requiem.

Hermann Scherchen ofreció en seguida la Séptima Sinfonía de Beethoven. Aquella «apoteosis del ritmo» alcanzó en sus manos un vigor sorprendente. Los movimientos de esta sinfonía,—entre los cuales la calma de su célebre Allegretto tuvo una traducción depurada y sobria,—alcanzaron un extraordinario realce en manos de Scherchen. Lo que hay de persistentemente vital en esta genial obra de Beethoven, de siempre renovada belleza, llegó hasta el público animado de un espíritu comunicativo, a través de una versión tan profunda como vigorosa. El maestro Scherchen recibió una

de las más grandes ovaciones que se han escuchado en nuestro Teatro Municipal después de esta ejecución, que cerraba su actuación en nuestro país.

ESTRENO DE «EL ARTE DE LA FUGA»

La presencia de Hermann Scherchen en nuestro medio artístico adquirió una característica singularmente importante al hacer posible, por primera vez en Chile, la ejecución completa de «El Arte de la Fuga», de Juan Sebastián Bach.

Inútil nos parece extendernos en destacar los méritos de esta obra considerada como uno de los monumentos imperecederos de la música de todos los tiempos. Encierra, como asimismo «El Clavecín bien temperado» y «La Ofrenda Musical», en un doble aspecto, genialmente fundido en la perfección de la forma, las cualidades propias de una obra artística de las más elevadas y las de una valiosísima obra pedagógica en cuanto es viviente ejemplo de resolución de problemas técnicos de la composición.

Herman Scherchen figura entre los que en este siglo han luchado por la divulgación de la obra de J. S. Bach, cuya proyección en el arte musical de nuestros días alcanza cada vez más vastos alcances. Particularmente, en lo que se refiere a «El Arte de la Fuga», Scherchen propició la orquestación de esta obra,—pues, como se sabe, no está escrita para determinado conjunto,—después de un detenido estudio, orquestación que se realizó en 1936. Esa versión fué la ofrecida en Chile. La preparación de esta obra, practicada en ensayos extraordinarios de un conjunto seleccionado de los ejecutantes de la Sinfónica de Chile, señaló al maestro Scherchen como un músico de los más serios y profundos que nos hayan visitado. Cuanto hay de complejo y sutil en esa magistral construcción de los 19 «contrapuntos»,—como modestamente designara Bach a las diferentes fugas que comprende la obra,—aparecía a través de las interpretaciones de Scherchen en toda su riqueza musical o en su interés formal. El maestro dirigió de memoria, tanto los ensayos como los conciertos de «El Arte de la Fuga».

El estreno de «El Arte de la Fuga» se realizó en un concierto fuera de abono, efectuado en el Teatro Municipal el Lunes 30 de Junio. El Sábado anterior, el maestro Scherchen había ofrecido en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, una conferencia sobre dicha obra, en la que, manifestando verdadera unción religiosa frente al arte del Cantor de Santo Tomás, explicó las líneas generales de la estructura de los diversos tipos de fuga empleados en esta obra, la última producción de las de mayor importancia debida a la mano de J. S. Bach.

En el concierto de estreno, el conjunto de profesores de la Sinfónica de Chile realizó una tarea que mereció unánimes aplausos. La audición de esta obra conmovió al auditorio profundamente, ya que su expresividad tan intensa como magistralmente vertida en la forma de fuga, pudo llegar a él, a través de las indicaciones de Scherchen, con una propiedad y elevación estilísticas extraordinarias.

El estreno de «El Arte de la Fuga» marca, sin duda, uno de los momentos culminantes en la historia del arte musical de Chile, como antes lo marcaron los históricos estrenos de el «Oratorio de Navidad», «La Pasión según San Mateo», «La Misa en Si menor» y «La Ofrenda Musical».

LA PIANISTA ELIANE RICHEPIN

Al referirnos en un comentario anterior a la pianista Eliane Richepin, hicimos resaltar sus relevantes condiciones. Estas tuvieron oportunidad de hacerse nuevamente presentes en el recital que ofreciera el Miércoles 11 de Junio, en el Teatro Municipal.

Mme. Richepin presentó en esta audición un programa compuesto por obras de Bach, Beethoven, Chopin, Liszt, Fauré, Martinón y Debussy. Sus versiones de las obras de autores románticos y de los músicos franceses alcanzaron un nivel muy superior al resto del programa. Sobre todo, en la Sonata «Claro de Luna» de Beethoven, nos pareció encontrar cierta tendencia hacia efectos más exteriores, en cuanto a técnica, que los determinados por el contenido dramático y expresivo de esa Sonata. Asimismo, los dos Corales de Bach, arreglados para piano de una manera increíble, adolecieron de un excesivo romanticismo, al que, por otra parte, inclinaba el mencionado arreglo pianístico.

Como ya dijimos, tanto la parte dedicada a Chopin y Liszt, como la que incluía obras francesas, tuvo en Eliane Richepin una interpretación singularmente identificada, tanto técnica como musicalmente, con el espíritu de dichas obras. Recordamos especialmente la versión de la «Sonatina» del compositor contemporáneo Jean Martinón,—músico que en esta obra no logra superar las evidentes influencias que en ella se acusan,—y la de dos Estudios de Debussy. Estas obras, junto a las de Chopin y Liszt, fueron animadas por la pianista francesa con una sensibilidad refinada y una adecuada valoración de sus sutilezas de color y expresión. El público premió con entusiasta aplauso la actuación de Mme. Richepin y la obligó a conceder un número considerable de «extras».

OTROS CONCIERTOS

En la Sala Auditorium de Radio Sociedad Nacional de Minería, se inauguraron a fines de Junio tres Audiciones de Música de Cámara de Mozart, a cargo de un conjunto de artistas, entre las cuales figuran Elizabeth Zuppinger, Lilo Boetticher, Inés Lobo y algunos instrumentistas de la Sinfónica de Chile, que desempeñarán las partes de instrumentos de viento. En los programas figurarán varios Tríos, Cuartetos y otras obras de conjunto. En el primero de estos conciertos se interpretó un Trio para violín, cello y piano y un Quinteto para piano y cuatro instrumentos de viento. El cartel de las artistas participantes en esta iniciativa hace garantía de la seriedad de la ejecución del plan. Tal fué lo constatado en el pri-

mero de estos conciertos, ya que, en líneas generales, las versiones ofrecidas tuvieron un nivel musical bastante elevado, digno de consideración si se toma en cuenta que se trata de un conjunto formado sólo accidentalmente.

*
**

En la Universidad Católica se presentó el Jueves 3 de Julio, la Sociedad Musical «Mozart», en un concierto a cargo de la orquesta de cuerdas de dicha institución, dirigida por Jan Spaarwater, con un programa que comprendía obras de Geminiani, Haydn, Mozart y Corelli. En la ejecución de este programa pudo advertirse que el conjunto de la Sociedad Mozart ha logrado adquirir una calidad sonora y una ductilidad muy plausibles, si se considera que sus miembros son, en su mayor parte, aficionados. Se escuchó en esta oportunidad un Divertimento de Haydn, para flauta y orquesta, y un Concerto Grosso de Corelli, en condiciones musicales dignas de encomio. El director del conjunto demostró poseer destacadas condiciones que, por lo demás, le han sido reconocidas en anteriores oportunidades en que ha actuado en nuestro ambiente musical.

TERCER CONCIERTO DE «NUEVA MUSICA»

La Sociedad «Nueva Música» ofreció su tercer concierto público el Sábado 14 de Junio, en la Sala de Conciertos del Ministerio de Educación.

Se presentaron en esta oportunidad, y en primera audición, obras para canto y piano del joven compositor argentino Roberto Caamaño. Se estrenó, además, la obra titulada «Impresiones de la Puna», del compositor argentino Alberto Ginastera. Composiciones de Johannes Brahms, Alfonso Montecino y René Amengual figuraban en el programa.

Se ejecutó primeramente el Trío, para corno, violín y piano, N.º 2, de Johannes Brahms, en el que participaron el cornista Benjamín Silva, el violinista Agustín Cullerell y el pianista Alfonso Montecino. La versión de esta interesante composición alcanzó un nivel artístico muy encomiable. Si se considera la dificultad de su concertación y la complejidad misma de la obra, los pequeños defectos que hubo, sin que afectaran sino pasajeramente el resultado total, no merecen mayor consideración. El cornista Silva se acreditó como un ejecutante que promete mucho en el difícil terreno de la música de cámara, pues su musicalidad y la calidad del sonido que sabe obtener de su instrumento le colocan frente a una halagüeña perspectiva en esta especialidad. Tanto el violinista como el pianista, que ya han actuado en ocasiones anteriores, dieron nuevamente prueba de su serio concepto interpretativo y de la comprensión de los problemas de una ejecución «de cámara», género que esta Sociedad ha encarado con preferencia.

La segunda parte del programa estuvo a cargo de la soprano Ruth González que, acompañada al piano por Alfonso Montecino, cantó dos trozos de las «Baladas Amarillas» del músico argentino Roberto Caamaño. Obra que señala un compositor de muy elevada condición es ésta, pues muestra la fina sensibilidad y al mismo tiempo la seguridad en el manejo de los recursos expresivos del autor. Los versos de García Lorca alcanzan una ambientación teñida de cierto arcaísmo españolista muy artísticamente lograda. Las canciones de Alfonso Montecino, sobre textos de Gabriela Mistral, Rilke, García Lorca y Gil Vicente, presentaron un aspecto muy interesante de la evolución estilística de este joven autor, pues, en su mayoría, buscan una expresión hondamente trágica que está lograda de la mejor manera en «Otoñal» de Rilke y en «Yo no sé cuáles manos» de Gabriela Mistral; en oposición a éstas, dos ágiles canciones sobre textos de García Lorca y Gil Vicente, presentaron otra faceta del arte de este músico, que sorprende por lo espontáneo de su estilo, de indudable ascendencia romántica, tratado con ejemplar sinceridad de propósitos. Ruth González cantó estas obras con indudable comprensión. En la tercera parte se presentó el flautista Juan Bravo. Acompañado por el autor, ejecutó la Suite para flauta y piano de René Amengual, obra que ha sido apreciada anteriormente por el público de conciertos y en la cual se unen las tendencias de un neo-clacisismo, que recuerda el arte de Hindemith, a un tratamiento muy interesante del instrumento solista. A continuación se estrenó «Impresiones de la Puna» de Alberto Ginastera, para flauta y cuarteto de cuerdas. Aunque pertenece a una época ya superada por el autor,—que figura en el primer plano de la actualidad musical argentina,—posee ya los rasgos característicos de este compositor. Un ambiente impresionista, de interesantes efectos armónicos y de timbre instrumental, se observa en esta obra en que se estilizan elementos del folklore andino. Tanto el flautista Juan Bravo, sin duda un ejecutante de primer orden, como el Cuarteto de Cuerdas «Nueva Música», actuaron en estos números con entera posesión de sus partes, animando las obras con impecable estilo y segura ejecución.

DANIEL QUIROGA NOVOA.

ACTIVIDADES MUSICALES EN EL EXTRANJERO

ARGENTINA

La Comisión Nacional de Cultura ha aceptado el ofrecimiento hecho por don Bernardo Iriberry, vinculado de antiguo a la actividad musical argentina, de instituir un premio de mil pesos, moneda nacional y un diploma, que serán adjudicados anualmente a la mejor obra de un compositor novel. El «Premio Iriberry» será